

Los oficios a través del poeta

Nazul Aramayo

a Jaime Muñoz Vargas, maestrizo

Yo no lo tengo miedo a trabajar. Tal vez sólo tenga flojera o una resistencia natural e intantiloide a las responsabilidades de la adultez, a ya no usar Converse ni pulseras ni posibles piercings en la jeta, a convertirme en un burócrata o en un maestrillo de inútiles clases de ortografía. Pero, insisto, yo no le tengo miedo a partirme el lomo para sacar el pipirín. Y, aunque, mi imaginación y mis obsesiones estén más orientadas a la materia del agua, admito que sí pude tener una extraña experiencia poética en los oficios del fuego y de las manos que describe este poemario, *Oficios*.

De manopla lagunera, el joven creador Édgar Valencia (Cd. Victoria, Tamaulipas, 1975), nos muestra con sensibilidad nostálgica y versos finos su oficio depurado para abordar la poética de la realidad laboral o la poética del oficio a ras de tierra. Valencia canta con imágenes sacadas de la materia propia del oficio, canta el drama cotidiano del fuego que transforma los metales, «Al atardecer del metal el agua / grita al tocarle»; que da sentido al vidrio, «al polvo de cristal que se abandona / a la suerte, a la magia o al capricho / de la llama de aliento incandescente»; que ilumina las alcobas como un «exorcismo inútil a las sombras». Pero no sólo canta a la materia, canta al hombre que la maneja como hechicero abandonado, solitario, derrotado; seres que dominan la flama y sus manos, y que escuchan a Dios «como a un rumor cansado». Esto es *Oficio del fuego*, un mosaico de chambas que rozan la mística de la nostalgia.

Luego, un *Intermedio de tierra y agua*. La mejor parte del libro junto con el apartado final. Aquí se deja a un lado la descripción de los oficios para llevar la subjetividad a temperaturas más altas e íntimas. Con ayuda de los elementos (tierra y agua), Édgar logra dos poemas de gran calibre poético, nos hace ver que «También el desierto es agua, hablaste / aquella tarde que, invariablemente / siempre, / tampoco nadie te escuchaba». En medio de la tierra y del agua está la soledad, la nostalgia, el deseo

frustrado, las ansias locas que se retomarán en la última parte del poemario, *Oficio de tu cuerpo*.

Pero antes de llegar a la mera vena, el autor nos despacha con *Oficios y manos y Antifona de Oriente*. El primero continúa la serie de trabajos: molinero, impresor, conductor, arriero, carpintero, albañil y ninfa. El tono fino casi como un murmullo y la delicadeza de los versos hacen de estos jales actividades dedicadas a las ausencias, a las heridas marcadas por la soledad. Estos son poemas donde «un grano de voz inunda el llanto», y donde se edifica «entre varilla y polvo / el verso más siniestro del ocaso». *Antifona de Oriente* son once haikús. Algunos de mayor intensidad que otros, unos mejor logrados, más contundentes.»El verso breve / en la página blanca / tiñe paisajes».

Por fin, el ansiado final que, después de la irregularidad de los haikús, reafirma la calidad creadora de Édgar Valencia. *Oficios de tu cuerpo* no es un baile de cartucho, ni una voz cachonda en el oído mientras se aprietan las lonjitas. Nanay, estos versos son un deleite de delicadeza, sensualidad, belleza, simbolismo y sensibilidad con la persistencia del cuerpo ausente o recordado o deseado. «Tu cuerpo en su molde equivocado / en su escándalo de abejas / es una llama que camina por la alfombra». Parece que el cuerpo detona mejores destellos verbales en la sensibilidad de su creador: «no hay voz que se atreva y responda / a la duda incandescente de tu espalda / donde confluyen veredas y delirios / una voz cabalga a tu silueta / como una luz de sonido intraducible».

Y como dije al inicio. No le tengo miedo a chambear. Acaso una pregunta me pasa por la cabeza «¿a qué precipicio de rumores nos lanzamos?» No sé, pero yo me lanzo y celebro el *Oficios* de Édgar Valencia. 🍷

Valencia, Édgar. *Oficios*. Ediciones Casa Juan Pablos. Casa de la Cultura de Torreón. México, 2002.